

LA HUIDA

Otro día más vuelve a levantarse cansado, tal vez no duerme bien, no lo sabe. De todas formas no importa, tiene que vestirse, asearse y salir de casa para ir a trabajar. Así que se pone su mejor sonrisa, no demasiado buena, busca algo de fe en el armario y sale dispuesto a no ser devorado de nuevo por la realidad. Se mira en el espejo del ascensor un segundo, no le gusta hacerlo. El maldito fluorescente es siempre demasiado sincero, le muestra las ojeras y la cara de asco que tiene, él sabe que es así pero no quiere ni verlo ni que nadie se lo recuerde, y menos un estúpido espejo de ascensor.

En la calle hace frío, le gusta sentirlo en la cara, aspira fuerte y se dirige con paso decidido hacia el tren. Siempre camina de esa manera, tiene la impresión de que si anda con firmeza llegará a algún sitio que merezca la pena, al menos eso ocurre en las películas. A medida que se acerca a la estación los ruidos de la calle, viva y sonora, le hacen perder la concentración. Como el resto de la gente no le deja tranquilo con sus pensamientos acalla a los transeúntes con sus cascos. No hay mucha gente en el andén, en un par de minutos llegará su tren. El corto trayecto hasta el trabajo es uno de sus momentos favoritos del día, se sienta en el primer sitio que ve, saca su libro y lo lee ávidamente mientras las canciones se suceden acompañando la lectura. Imagina la melodía, las canciones y los textos del libro uniéndose en el aire creando una espiral como de ADN que le rodea y le proporciona una pequeña cabina acústica que le separa del resto, es solo para él. La misma chica de todos los días se sienta enfrente, lleva las mismas zapatillas de moda de todos los días, se duerme como todos los días. No es guapa pero se ha acostumbrado a verla, y cuando no coinciden en el mismo tren se siente extraño. No sabe muy bien cómo pero de alguna manera el encontrarse con ella tiene una especie de significado místico, el destino ha hecho que durante dos años coincidan en el mismo tren y a la misma hora todos los días así que piensa que si un día no la ve, el destino le tiene preparada alguna sorpresa más que desagradable.

El día en el trabajo pasa sin pena ni gloria; un cliente más, otra llamada de teléfono que responde con la misma voz de máquina, otro seguro conseguido para la distinguida empresa y otra pequeña comisión que a final de mes se convertirá en algo de dinero que no sabrá en qué gastar. No tiene mucha relación con sus compañeros, así que ellos han dejado de tratar de tenerla con él. No se lleva mal con nadie, a veces incluso está presente cuando hablan y de vez en cuando no encuentra excusas nuevas para ausentarse de las cenas de empresa. Una compañera, despampanante y

atrevida le guiñaba el ojo los primeros meses, él se limitaba a sonreír y apartaba la mirada distraído. Sabía que tenía más que una clara oportunidad con ella pero no se sentía atraído por sus reales y voluptuosas curvas, o por los carnosos labios de los que salían palabras que podía escuchar, prefería esperar a llegar a casa y entonces incluirla dentro de sus fantasías perfectas e inocuas. Ella fue perdiendo interés, como era de esperar, y pasó de verle como un tipo atractivo, a hacerlo como alguien demasiado raro, altivo y distante. Lo cierto es que él se dio cuenta perfectamente del cambio de actitud, pero no le importó mucho, cuando quiere puede seguir teniendo todo tipo de encuentros con ella. A veces se van a cenar a restaurantes caros, otras veces pasean por delante de cientos de escaparates cogidos de la mano y, la mayor parte de esas veces, se encuentran en el despacho y dan rienda suelta a sus fantasías sexuales más escondidas, a las fantasías de él en realidad, pues ella es solo una imagen. Para él es solo un bonito jarrón transparente que puede llenar con lo que quiera, puede convertirla en una novata romántica que acaba de descubrir el amor o hacer de ella una *yonqui* del sexo a la que se siente obligado a dar su dosis diaria.

La llegada a casa por la tarde es como encontrar un oasis en el desierto, silencio, nada de máscaras, fin de la actuación. Termina la obra, el público aplaude y se baja el telón. A veces se ve a sí mismo como un actor y al resto de la gente como a una audiencia sin criterio que incluso se cree sus peores papeles. "El mundo es solo el *atrezzo* que necesito para desarrollar la verdad que se esconde debajo, en lo más interno", esta era la frase que solía repetir en los bares, cuando todavía tenía amigos a los que veía todos los días. Ahora la repite a veces en casa, solo, cuando echa de menos algún contacto humano de verdad y como sin querer, automáticamente, se sirve un vaso de vino tras otro. Después de unos cuantos suele acabar pensando que es una especie de mártir, un bohemio anacoreta encerrado en un pequeño apartamento parisino de principios de siglo esperando que su musa vuelva y le perdone. Pero lo cierto es que no es así, entonces abre los ojos y enciende el televisor. Es capaz de prestar atención a la programación unos minutos, solo necesita alguna nueva inspiración, un pequeño retazo de realidad que pueda retorcer y estrujar para hacerla suya; pero lo hace a su manera y si esa realidad no se ajusta a su gusto solo tendrá que apretar el botón del mando para que el aparato deje de interferir en su mente y entonces todo será perfecto, basta con cerrar los ojos. Suena el teléfono, estridente. Se han equivocado pero su realidad se ha esfumado, intercambia un par de palabras con el educado tipo que está al otro lado de la línea y está otra vez en su piso oscuro. Es de noche y tiene hambre, necesita comer pero no quiere hacerlo, ¿por qué alimentar un cuerpo que solo le da disgustos y frustraciones?, ¿por qué no dejar los

ojos cerrados y pensar que está con su curvilínea compañera en alguna playa desierta?, tiene demasiada hambre, se prepara un vaso de ron con una rodaja de limón, no recuerda haber comprado limones.

Hoy ha llegado tarde a trabajar, el despertador ha sonado a su hora pero él ni se ha enterado. Prefiere decir en la oficina que ha tenido un problema familiar, que lo siente y que no volverá a ocurrir. Su jefe, un tipo regordete y bonachón le dice que no se preocupe, que si necesita un par de días libres no hay ningún problema. Él se queda callado, rechaza la oferta y se sienta en su silla ergonómica de oficinista. Trata de concentrarse en el trabajo, pero le cuesta hacerlo. Su mente está demasiado tensa, espera que en cualquier momento el destino le muestre la horrible sorpresa que le tiene reservada por haber faltado a su cita diaria con la chica del tren. La ha buscado frenético en el andén de la estación donde ella siempre espera al tren, tal vez ella también se ha dormido. Una señora le ha preguntado si se encontraba bien, él se ha hecho el sordo y ha seguido leyendo como si nada, la señora le ha cuchicheado algo a un hombre que tenía al lado y ha vuelto a sentarse.

Es la hora de comer y todavía no ha pasado nada extraño, no ha podido parar esta mañana en el bar de al lado de casa para comprarse la comida, así que tendrá que hacer de tripas corazón y bajar a la cafetería de la empresa a comer, allí come todo el mundo. Necesita algo de tiempo para hacerse a la idea, sale a la calle se enciende un cigarro y pasea por la avenida. Se detiene delante de una tienda de ordenadores, lleva algún tiempo pensando en comprar uno pero al final nunca se decide. Entonces ve su reflejo en el cristal, ¡no lleva su traje azul del trabajo!, en su lugar lleva unos viejos vaqueros desgastados y una camiseta de manga corta, los elegantes zapatos negros se han convertido en unas bastas y pesadas botas de montaña y además no se ha afeitado. Por un momento se tambalea y recuerda perfectamente haberse puesto esta mañana el traje. Inclina la cabeza y ve que en realidad su traje azul, el del trabajo, está en su sitio. La camisa perfectamente abotonada y su afeitado es impecable, como siempre. Vuelve a mirar al escaparate y de nuevo se ve con la ropa del fin de semana, decide dejar de mirar y caminar enérgicamente calle abajo hacia la oficina. Algo pasó anoche, no sabe el qué o el cómo, y está muy lejos de preguntarse el porqué pero en el fondo sabe que algo nuevo ocurrió anoche cuando dormía, o al menos cuando creía dormir. Entra en el comedor de la empresa a penas sin pensarlo, está un poco asustado, anoche...la chica del tren...el escaparate..., todo se junta y se separa en su mente sin ningún orden aparente. Ve la melena de su compañera de trabajo, se acerca decidido por detrás la rodea suavemente con el brazo y le da un tenue beso en la mejilla, hola

cariño. Ella pega un bote y se derrama la mitad del café en la falda, demasiado corta. Afortunadamente suele beber el café con hielo y el frío y oscuro líquido solo deja un rastro color arena de playa en la piel morena. ¡Joder que susto quien coño..!, vaya, cuando te decides no hay quien te pare ¿eh?. Lo siento yo..., tranquilo me pasa muy a menudo. Ella se limpia suavemente el muslo con la servilleta, una gota logra escapar de la tela y se resbala suavemente por la rodilla, está a punto de llegar al tobillo. La cámara fotográfica que son los ojos de él guardan la imagen del viaje de la gota resbalando en su cabeza pero, esa imagen ya está archivada en su memoria. Como si de un zoom se tratara, la visión de la gota de café haciendo cumbre en el tobillo de ella se va alejando mientras se encuadra en una escena más amplia; ella está semidesnuda en una playa desierta y él juguetea con un cubito de hielo que acaba de sacar de su *caipirinha* sobre la pierna de ella, tiene una risa maravillosa. Oye, vuelve, no irás a dejarme a medias, el resto de compañeros ríen nerviosamente sin querer. Él vuelve a pedir perdón y sale a la calle. Ella mira como se aleja, vuelve a gustarle. Aire, recuerda la playa desierta, la recuerda a ella en esa playa, tan hermosa, tan real; pero también recuerda el comedor de la oficina, tan burdo, tan real. ¿Pueden tenerse dos recuerdos diferentes de la misma cosa?, ¿pueden dos recuerdos ocupar el mismo sitio en su memoria?, puestos a elegir prefiere quedarse con la playa, ¿puede elegir?.

Se mesa el cabello con las palmas de las manos, cierra los ojos con fuerza y vuelve a abrirlos un poco más de lo normal. ¿Qué ha pasado?, sin darse cuenta acaba de darle, con toda la naturalidad del mundo, un beso a su compañera de trabajo, y encima delante de todo el mundo. Ha debido confundirse, ha pensado que estaba en una de sus fantasías y por tanto ha actuado como le ha dado la gana; como en el fondo deseaba sin pensar en los demás...como realmente quiere. Pero la realidad es otra, solo ha hecho el ridículo, no ha podido actuar como el hombre de mundo que es realmente, o como el hombre que quiere ser, o quizá como el hombre que él cree ser. ¿Tiene alguna importancia?, es decir, ¿el hecho de que creamos firmemente en algo lo hace real? ¿necesitamos compartir una creencia con el resto de la gente, al menos con alguien, para que esa creencia pase de la fantasía a la realidad?. No sabe qué pensar, es un día raro. Sin duda todo esto es por no haber visto a la chica del tren, este era el desastre, mira al frente, ¿no estaba en la playa hace un momento? Ah no, eso fue otro día. No, eso fue solo en su mente no, lo de su mente fue lo del restaurante, ¿no?. Piensa en encender otro cigarro, mete la mano en el bolsillo y saca el mechero, lo mira un momento, es blanco. ¿Será real el mechero?, lo sopesa ligeramente, no esta seguro. Lo enciende y observa la llama, parece real. Pero la playa y el restaurante también y alguno debe no serlo. Pasa la mano por la llama, se

quema, supone que realmente se ha quemado, se esfuerza por pensar que realmente se ha quemado. Enciende el cigarro. Vuelve a mirar al frente, fija la vista en el llamativo cartel de un gimnasio al otro lado de la calle. Una chica sale por la puerta del gimnasio en ese momento. No es guapa pero de alguna manera se ha acostumbrado a verla, las mismas zapatillas de moda de todos los días..., ¡la chica del tren! Parece que tiene prisa; no, no tiene prisa, solo anda con firmeza para llegar a algún sitio que merezca la pena, como en las películas. Decide seguirla, ella va esquivando a la gente, le molestan, no le dejan estar con sus pensamientos, ella es como él. Tal vez halla más gente como él, gente de verdad. Se para un momento, mira alrededor, mucha gente camina igual, mucha gente esquiva al resto y sigue su camino sin volverse. Todos esos son como él. Se mira en un escaparate, tiene el rostro desencajado, los demás también lo tienen. Anoche les pasó algo a todos, todos están igual de confundidos que él no, no es eso, se ha roto el equilibrio que les mantenía cuerdos siendo conscientes de la existencia de un mundo que es real y que está totalmente a parte de éste, y se ha roto porque esta mañana no ha visto a la chica del tren. Pero la está viendo ahora y nada ha cambiado, ¡ya está!, no basta con verla, un día normal sí pero hoy no es un día normal y tiene que hablar con ella, explicárselo todo. Tiene que decirle que todo se ha roto, que se ha perdido el equilibrio y que solamente él, ellos, pueden arreglarlo. Corre hacia ella, esta de espaldas, va a entrar a la estación. La agarra del brazo, ella se vuelve asustada, tenemos que hablar un momento ya se lo que ha pasado, ¡Suéltame gilipoyas!, ella grita, su voz es muy aguda. Espera es muy importante que...¡Socorro, me están robando!¡violador! Muchas caras se vuelven y miran con recelo,... pero no me reconoces, soy yo, el del tren, deja a la señorita cabrón, un tío enorme se interpone entre ambos, ¡no, no, se está confundiendo!, somos iguales ella..., ¡no le conozco de nada intenta violarme! Hijo de puta. Una mano grande y huesuda se estrella contra su mandíbula, el impacto le hace caer hacia un lado, antes de perder el sentido nota el golpe sordo de su cabeza contra el suelo.

Algo de luz, demasiada. Trata de abrir los ojos, lo consigue. Las cortinas se mecen con una fresca brisa que viene del valle. El olor de los pinos se cuele por sus fosas nasales, cariño ¿estas bien?, su compañera de trabajo le acaricia la cara y le pone una toalla húmeda sobre la frente, le mira preocupada. Si tranquila, solo me duele un poco la cabeza, ¿qué ha pasado?. Retira la toalla y se incorpora, está echado en una cama grande, la habitación está recubierta de madera, parece roble. Un tío enorme trató de hacerme daño y le diste un buena tunda, pero después vinieron sus amigos y...,¡Oh, eran demasiados!¡Creí que iba a perderte! Estaba tan asustada.

De los tiernos ojos de ella brotan algunas lágrimas y los suaves brazos se abrazan a su cuello amorosos. Siente el calor de su cuerpo rodeándolo, responde al abrazo y con una mano acaricia la tersa espalda mientras la otra roza el liviano camisón de seda púrpura. Ya...ya recuerdo, estoy bien, no te preocupes. Ella huele tan bien, aspira fuerte y el dulce olor se cuele por la nariz hasta las entrañas, perfecto. Ella se retira y coloca su rostro a unos centímetros del de él, le mira un instante y después le besa. Suave al principio, rozando a penas los labios, aparta un momento la boca y vuelve a besarle. La boca de él se llena con la de ella, con todo el sabor fresco como de miel que ella desprende, la mano se le va sola hacia la nuca de ella, le acaricia el cabello, rubio, hecho de seda. Hace un día estupendo, ¡salgamos al jardín! Ella se levanta, el camisón resbala por sus muslos hasta llegar encima de la rodilla. La luz del flamante sol que entra por la ventana crea un contraluz perfecto con el camisón, dejando entrever la figura de la mujer. Camina alegre hacia la puerta, los pies descalzos a penas hacen ruido sobre el suelo. El la sigue, el dolor de cabeza es solo un mal recuerdo que no tarda en olvidar. Se detiene ante el espejo del pasillo, no lleva camiseta, se pasa la mano por el liso y musculado vientre, se siente bien. Sale de la casa, el enorme jardín reluce bajo la luz primaveral, a lo lejos solo se ven las montañas. Ella está sentada al lado de la mesa, con la cabeza inclinada hacia el cielo y los ojos cerrados. En una mano sostiene una copa de vino, en la mesa hay otra preparada para él. Se acerca, toma un sorbo y deja la copa, ella levanta las piernas y las deja reposar en una silla, el camisón juguetea un momento y permite ver de nuevo las hermosas curvas. Está excitado, se sienta a su lado y le acaricia una pierna, ella sonrío. Los senos suben y bajan bailando al son de la respiración, alarga la mano y ésta se pierde bajo el camisón, de la húmeda boca de ella surge un leve quejido, abre los ojos y se abalanza sobre los labios de él, dulce, como miel. El coge el camisón y tira de él hacia arriba con cuidado, ella levanta los brazos y la fina tela se separa de su cuerpo. La piel morena, los senos bailan ahora frenéticos, la mirada de ella le llama y lentamente separa las piernas, él se acerca, acaricia las rodillas con la cadera desnuda. Suena el teléfono, estridente.

Entreabre los ojos, el dolor punzante atraviesa su cabeza, trata de incorporarse pero se marea, la habitación huele a cerrado y está a oscuras, el teléfono sigue sonando pero se interrumpe, un voz contesta. ¿Sí?...Si si, es aquí,...no, soy una compañera del trabajo, si... es que el teléfono estaba descolgado...no, no se por qué,... no se preocupe nada grave, su hijo ha tenido un pequeño accidente pero ya está bien,...ha sido solo un golpecillo de nada, le dolerá un poco la cabeza pero eso es todo...ahora esta descansando pero le diré que llame, muy bien no tiene por qué

darlas...hasta luego adiós, adiós. Oye los tacones cuando ella camina, cada paso es como un clavo que se adentra en la cabeza, se abre la puerta, una luz tenue y eléctrica entra en la habitación. ¿Cómo esta mi *sparring* favorito? El ruido de tus tacones me esta matando, ¿qué ha pasado? Estábamos en casa y..., ¿en casa? Ella se quita los zapatos y se sienta en la cama. No se qué cojones has hecho, salí del restaurante para buscarte y te encontré tirado en el suelo, un tío enorme estaba a punto de patearte y decía no se qué de un robo ...una violación o algo así, ¿qué? No se ..., tuve que decirle que estabas enfermo, te recogí como pude y te traje aquí, si quieres nos vamos al hospital pero vamos, lo único que tienes es una ostia como un pino en la cabeza; no, no creo que haga falta, ¿qué le hiciste a ese tío?, no se...creo que quería hacerte algo y le tuve que parar los pies, pero luego vinieron sus amigos y... estabas tan asustada. El le coge la mano. ¿Quería hacerme algo? ¿A mi? Ella sonrío sorprendida. Pues él dice que eras tú el que quería hacerle algo a una chica que estaba allí, tuve que decirle que eras medio subnormal para que no llamase a la policía. Me estoy mareando un poco, espera, ahora te traigo algo para la cabeza. Ella se levanta y sale de la habitación, se tropieza con uno de los zapatos y casi se cae, se caga en Dios y sigue caminando ruidosamente, desde la otra punta de la casa grita, ¿Dónde tienes las medicinas?¿En el baño? ¡Vale ya las he encontrado! Su voz es como una apisonadora, se mete por los oídos y destroza todo lo que encuentra en su camino hacia el cerebro. El se lleva las manos a los ojos, aprieta fuerte. Ahora ya sabe donde está, es su maldito piso, no es la estupenda casa de campo donde estaba hace un momento, y desde luego esta no es la mujer con la que estaba, solo se parecen. Ella entra en la habitación, lleva un frasco de pastillas y un vaso de agua, toma guapetón, no he encontrado nada que sirviera así que te traigo unas pastillas que llevo en el bolso, coge solo una que estas son muy fuertes. Coge una, se la mete en la boca y se la traga sin masticar, bebe un sorbo de agua, sabe a cloro, deja el vaso en la mesilla. ¿Ya estas mejor?, la cabeza me mata, oye gracias por traerme yo..., tranquilo, lo hago con todos los que me dan besitos sin que me lo espere ¿sabes?, ¡Ah! Eso..., no te preocupes, me gustó un poquito ¿sabes? Ella se acerca despacio hacia él, huele a humo, a bar. Ella le acaricia la pierna mientras le besa, su lengua rugosa recorre toda su boca, la mano acaricia su entrepierna. Tiene un sabor amargo, los senos se aprietan contra su pecho. Te ha costado decidirte pero me ha gustado como lo has hecho, la mano de ella rebasa la ropa interior y acaricia su pene. Espera...voy a darte una ducha yo..., no hace falta cariño, me gusta como hueles. Ella esta prácticamente tumbada sobre él, me estoy mareando un poco, necesito despejarme. El se levanta y sale de la habitación tambaleándose, vale cariño como quieras, ella saca un paquete de tabaco del bolso, se enciende un cigarro y suelta una bocanada de humo.

Entra en el cuarto de baño y cierra la puerta, corre el cerrojo. Se sienta un momento en el suelo, contra la puerta. Siente un huracán en su cerebro, se toca la cabeza, no tiene ninguna herida pero le duele. La recuerda a ella con el camisón, en el jardín, ahora la recuerda sin él. Luego la ve en su piso, sobre él, sobándole. Se quita la ropa y gira la manivela de la ducha, siente el agua, demasiado fría al principio, que cae por su cabeza, le sienta bien. La pequeña cascada le empapa mientras cierra los ojos, recuerda a la chica del tren, estaba muy asustada y no pudo reconocerle. Empieza a pensar que tal vez estaba equivocado, quizá ella no es como él, quizá nadie es como él, como él. De repente no se reconoce, no reconoce el cuarto de baño, no reconoce la toalla colgada en la percha, cierra el grifo. Sale de la ducha y no reconoce al espantajo con ojeras que ve en el espejo. Piensa por un momento que está en una pesadilla, ¿y si su verdadero yo es el que está ahora mismo en aquel jardín con aquella mujer y esto no es más que un mal sueño?, solo tiene que esperar a que despierte. Se sienta en la taza, tiene frío y vuelve a dolerle la cabeza. En la otra casa no le dolía, esto debe ser la realidad; porque la realidad duele, porque en la realidad hace frío, está solo y triste, y en la realidad llora. Echa de menos su sueño, tan real cuando está dentro de él y tan lejano ahora, a penas recuerda el color del camisón de la mujer que estaba con él en el jardín. Se esfuerza por no olvidarlo, debe empezar por el principio. Estaba en la cama, las sábanas eran suaves y entraba la luz por la ventana. ¿Cómo llegue a la cama? ¿Cómo llegue a aquella casa?, no lo recuerda, no, un momento, no es que no lo recuerde ¡es que nunca lo ha sabido! Empieza a ver algo de luz al final del túnel, piensa en sus fantasías, se acuerda de casi todas, puede verse a sí mismo dentro de cada una de ellas y sabe que no son reales, él las provocaba y podía salir de ellas y seguir recordándolas pero ésta no. Piensa en la imagen de la gota de ron coronando la cima del tobillo de su compañera en la playa, y piensa también en el incidente del restaurante, ahora puede diferenciarlo. Lo de la playa ocurrió la noche anterior, pero solo recuerda esa imagen, no sabe que ocurrió ni antes ni después. Vuelve otra vez al principio, qué diablos ocurrió la otra noche, desde entonces todo ha sido condenadamente extraño, y está claro que no tiene nada que ver con la chica del tren, por su culpa casi le destrozan la cabeza. Se esfuerza en recordar..., sonó el teléfono se habían equivocado y después sintió hambre, se preparó un vaso de ron con una rodaja de limón, no recordaba haber comprado limones, había bebido vino..., mucho vino. De repente, como el chispazo que desata el incendio, lo ve claro. Cogió el teléfono pero estaba demasiado borracho y confuso y antes de colgarlo se cayó al suelo, estuvo un rato tirado dando vueltas pensando que tenía hambre pero se bebió un vaso de ron, por qué, porque cuando lo hizo ya no estaba en su piso, estaba en la

playa con ella y jugueteaba con el hielo sobre su pierna. Eso es, debe escapar de la realidad pero ahora ya no es suficiente con imaginar historietas de sexo en la oficina, ahora ve que puede cambiarlo todo, solo tiene que dar un pequeño paso, un salto y estará hecho. Tiene miedo pero la excitación de la huida permanente es demasiado fuerte, va a hacerlo. El alcohol no fue suficiente y volvió enseguida, el golpe en la cabeza tampoco resultó y estuvo aquí otra vez demasiado pronto, pero ahora será distinto, funcione o no se habrá ido para siempre, de una forma u otra jamás volverá.

Sale del cuarto de baño desnudo, coge una botella de vino y corre decidido hacia la habitación encharcando el suelo con sus pasos. Ella está tumbada en la cama, desnuda, al verle se levanta y se acerca a él corriendo, le abraza y siente su cuerpo frío estrujado contra el suyo, él la empuja y ella cae en la cama de espaldas, sonrío y su cara se transforma por el deseo animal, él parece no verla y busca con la mirada, ella abre las piernas y le llama por su nombre, él no escucha, encuentra lo que buscaba, coge el frasco de pastillas lo abre y se lo vacía en la boca, se ayuda del vino para poder tragárselas todas, ella le mira horrorizada, se levanta de un salto y cuando llega hasta donde ha caído, él ya no puede escuchar sus gritos. Solo ve el rostro de ella, esta llorando histérica y trata de decir algo mientras le zarandea, el vacío lo va llenando todo, oscuridad.

La ambulancia se para enfrente del portal, ¿todo el frasco, seguro?, si, todo el frasco..., no pude impedirlo...estuvo todo el día raro y..., tranquilícese, vístase y acompáñenos. El ruido de las sirenas llega al hospital unos segundos antes que la ambulancia, la camilla vuela hacia la entrada de urgencias.

¿Es usted familiar del paciente? No, somos compañeros de trabajo, estaba con él cuando..., bien de acuerdo, ¿Cómo está?, ahora mismo estable, estamos haciendo algunas pruebas para determinar hasta qué punto han llegado los daños pero..., qué, dígamelo doctor, lo cierto es que ha entrado en estado de coma, ella solloza nerviosa, se puede hacer algo, esperar, solamente esperar, puede estar así unos minutos o quedarse allí toda la vida, ¿allí?, si, su cerebro esta funcionando así que suponemos que está en algún lugar de su subconsciente, esperemos que sea un sueño agradable.

El toma un sorbo de vino y deja la copa en la mesa, la mirada de ella le llama y lentamente separa las piernas, él se acerca, acaricia las rodillas con la cadera desnuda, no suena ningún teléfono.